

## Acción y contemplación

### 1. *¿Nacemos para contemplar?*

Tradicionalmente, en nuestra cultura occidental, se ha enseñado que nacemos para contemplar. En los ambientes monásticos, ya desde sus orígenes, el alma se desnudaba de toda preocupación terrena y compañía humana, también de su propio pensamiento, y se iba de vuelo a estarse a solas con Dios solo, sumida en él. Ella y Dios; nadie más. Como dos enamorados, muertos a todo lo que no fuera ellos. Pero cada vez son más las voces que piden un cambio radical en este asunto. Primero fueron algunos pensadores aurorales, Ortega y Gasset entre ellos –¡qué lucidez la suya!–. Y hoy son ya voces de muchas y muy dispares aguas las que enseñan una doctrina que difiere de la tradicional. ¿Qué decir, pues, sobre este tema de la relación entre acción y contemplación?

### 2. *Una visita al zoo*

Quizá nada nos ayude a entender la peculiaridad humana que es entrar en sí mismo y meditar cómo aceptar la invitación que nos hace Ortega de ir a un parque zoológico y detenernos ante la jaula de los monos. Un pájaro, un mosquito, un crustáceo están demasiado alejados de nosotros para que establezcamos comparaciones. Entre ellos y nosotros, todo son diferencias. No es así en el caso de los monos. Contemplándolos, observamos sus movimientos, sus idas y venidas, siempre inquietos, en ocupación tensa, alerta, atentos sin descanso a las señales que les llegan de su derredor, a las que les interesan (las demás quedan desatendidas mediante mecanismos de inhibición neuronal), huyendo de ellas o lanzándose sobre ellas, dominados por el miedo o el apetito. Es el contorno el que gobierna sus vidas: los atrae o los repele. Viven enajenados en el exterior. Cuando el contorno deja de interesarles, se duermen. El animal está siempre fuera de sí<sup>1</sup>.

---

1. Cf. José ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente* (= Col. Austral 1501), Espasa-Calpe, Madrid 1972, 21-22; Id., *Ideas y creencias*, (= Col. Austral 151), Espasa-Calpe, Madrid 1968 7, 17-61.

No nos imaginamos teniendo que vivir en tan permanente acoso y tensión. Pero ¿es que a nosotros no nos apremia también el mundo en torno? ¿No tenemos que ocuparnos de él? Sí, pero no estamos pendientes de él como el animal. El hombre puede suspender, y esta es su gran diferencia con los animales, su ocupación directa e inmediata con las cosas, desentenderse de su contorno, decir no a los estímulos y establecer la jerarquía de importancias a que atender; volverse a sí mismo, entrar dentro de sí, estar en sí, reflexionar, pensar, meditar, contemplar, ensimismarse, en suma, como decimos en español con expresión bien gráfica. Es la interioridad, de la que tanto habla san Agustín. “Comparado con el animal, que dice siempre “sí” a la realidad, incluso cuando la teme y rehúye, el hombre *es el ser que sabe decir no*, el *asce-ta de la vida*, el eterno *protestante* contra toda *mera* realidad”<sup>2</sup>.

Esto supone dos cosas: a) poder desentenderse del mundo en torno; b) tener donde guarecerse, donde estar y vacar a otra ocupación; poder estar en su mundo interior, en su casa (*chez soi*, que dicen los franceses).

### 3. *La vida individual, realidad radical*

El hombre es, pues, actividad, al parecer como los animales; pero es también pensamiento, que le diferencia de ellos y hace que su actividad sea algo también distinto de la puramente animal. El hombre es acción y contemplación.

¿Qué es cada una de estas dos ocupaciones y en qué relación están? No nos quedemos en lo que nos hayan dicho o en lo que hayamos leído. Es necesario que cada uno se percate de lo que le pasa a él y sólo a él; de lo que le acontece a él en su vida, cuando actúa y cuando contempla. Es la vida individual, la de cada uno, la realidad radical; única realidad evidente, incuestionable, y en la que cualquier otra realidad tiene que aparecer, radicarse, para que tenga condición de tal. Radical no quiere decir que sea la realidad superior; puede haber otras muy superiores a ella, pero estas para sernos tendrán que aparecer en aquella. Si yo hablo de Dios, es porque Dios, en la forma que sea, ha aparecido en mi vida, se ha anunciado y hecho presente en ella; me es realidad.

Pero ocurre que la vida, la de cada uno, por sernos la realidad en que estamos, la dejamos siempre a la espalda, trasconejada. Estamos en ella, en ella se nos aparece toda otra realidad, pero a ella no la vemos. Es como quien contempla largamente un paisaje y, sólo al final, cae en la cuenta del cristal a través del cual lo ha estado mirando. La transparencia del cristal era lo que le

---

2. Max SCHELER, *El puesto del hombre en el cosmos*, Editorial Losada, Buenos Aires 1938, 72. Cf. Id., *El saber y la cultura*, Editorial La Pléyade, Buenos Aires 1972, 22-54.

permitía ver el paisaje, pero sólo ve aquél si fija en él su mirada desentendiéndose de éste. Así ocurre también con la vida. Su transparencia nos permite percibir todo lo demás; sin embargo, sólo muy tardíamente se ha advertido su presencia y se la ha convertido en objeto de estudio, como si de un cuerpo se tratara, aunque con distintos métodos. Es una presencia con la que contamos, pero en la que no reparamos. Desde siempre, los hombres han vivido, se han encontrado viviendo –“el hombre es el animal que tiene vida humana”– dice Julián Marías<sup>3</sup>, pero sólo desde hace unos decenios se la ha hecho centro de reflexión filosófica. “La vida no es un misterio, sino todo lo contrario: es lo más patente que existe –y de puro serlo, de puro ser transparente, nos cuesta trabajo reparar en ella. La mirada se nos va más allá, hacia sabidurías problemáticas, y nos es un esfuerzo detenerla sobre estas inmediatas evidencias”<sup>4</sup>.

No se trata, por consiguiente, de la vida biológica, ni siquiera de la psicológica, sino de la biográfica, de “lo que hacemos y lo que nos pasa”, como dice Ortega con fórmula exacta. “Vivir es lo que hacemos y nos pasa –desde pensar o soñar o conmovernos hasta jugar a la Bolsa o ganar batallas”–<sup>5</sup>. Un nuevo modo de ser, el radical, el más próximo a cada cual. Para describirlo necesitamos conceptos nuevos, nuevas palabras o antiguas palabras con significados nuevos. Los usados por las ciencias de la naturaleza y por la filosofía tradicional son un estorbo, porque describen algo ya secundario al acontecimiento absoluto que es vivir. Curiosamente, es el lenguaje usual, “en el cual suele el pueblo hablar con su vecino”, como diría Berceo, la cantera inagotable de donde se han extraído los términos con que nombrar y deslindar técnicamente las nuevas islas que en esta nueva navegación se han ido descubriendo. Islas remotas, apartadísimas, de bosques susurrantes y montes que se pierden entre nubes. “Ínsulas extrañas”, podemos decir robándole la expresión a san Juan de la Cruz. Islas que requieren el esfuerzo de una singladura sostenida para ser avistadas, bruñido el ojo avizor para explorar sus riquezas. Cualquier desmayo en la visión hace que desaparezcan del horizonte. De hecho, una y otra vez se ha desconocido el gran descubrimiento de Ortega, tercera navegación de la filosofía (la primera fue la comenzada en Grecia y la segunda en Descartes), y se ha recaído en concepciones arcaicas, quedándose muy por debajo del nivel que hoy es ya ineludible<sup>6</sup>.

3. *Antropología metafísica*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1973, 78.

4. ORTEGA Y GASSET, *¿Qué es filosofía?* (= Col. Austral 1551), Espasa-Calpe, Madrid 1973, 200-201.

5. *Ib.*, 188.

6. Son muchos los textos en que Ortega habla del tema. Cf., entre otros, *¿Qué es filosofía?*, edic. cit., 154-219; *El hombre y la gente*, edic. cit., 38-57; *Unas lecciones de metafísica* (=

El género literario para dar cuenta adecuada de esta realidad es la narración. Necesitamos contar nuestra vida para que la entiendan. Los novelistas lo han sabido desde siempre y lo supieron las primeras comunidades cristianas con los relatos evangélicos. El escolasticismo primero y el racionalismo después expulsaron de las iglesias y del uso de los cristianos las prácticas narrativas, como asunto de niños e iletrados, en aras de una supuesta claridad. Urge recuperar la narración y el símbolo en la expresión del mensaje cristiano, como único camino de acceso a lo que está más allá de la razón. Cuán lejos estamos de ello lo prueban esos himnos, tan prosaicos, salvo contadísimas excepciones, que se rezan en el Oficio Divino. ¡Pura bazofia!

#### 4. *El quehacer de la vida*

Dejando a un lado otros atributos que podemos observar en la vida, fijémonos únicamente en los que nos interesan para nuestro tema.

Vivir es ocuparse con las cosas, en este lugar y no en otro, en este momento y no en otro, aquí y ahora; tener que estar haciendo algo con ellas (uno de los haceres es pensarlas). Las cosas y yo, yo y las cosas, somos inseparables, aunque distintos. Coexistimos en mutua dependencia, en mutua relación constitutiva. Nos necesitamos mutuamente. Yo estoy intrínsecamente referido a ellas y ellas a mí. Ellas no se limitan a estar ahí, mudas, pasivas, sino que son mi *circun-stancia*, me cercan y asedian, me facilitan o dificultan lo que yo pretendo hacer con ellas.

En este momento, el lector, suponiendo que estas páginas tengan algún lector, tiene que habérselas con este tema de la acción y contemplación. Quizá le resulte demasiado abstruso y lo abandone por una tarea más inmediata y gratificante, o se dedique a sus propias meditaciones, o se entregue al sueño reparador. Algo tiene que hacer, porque la vida que se nos da no se nos da hecha. Cada uno tiene que hacerse la suya. “Vivir significa tener que ser fuera de mí, en la circunstancia o mundo. Es tener, quiera o no, que enfren-

---

Col. El Arquero 45), Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1974. Cf. también Manuel GARCÍA MORENTE, *Lecciones preliminares de filosofía*, Editorial Losada, Buenos Aires 1977 19, 386-403; Julián MARÍAS, *Introducción a la filosofía* (= Sección: Filosofía 116), Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1976, 177-200; Id., *Ortega. Circunstancia y Vocación 2*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1960, 181-242; Id., *Las trayectorias* (Alianza universidad 374), Alianza Editorial, Madrid 1983, 122-131 y 298-314; Paulino GARAGORRI, *Introducción a Ortega* (= El Libro de Bolsillo 231), Alianza editorial, Madrid 1970, 43-85; J. H. WALGRAVE, *La filosofía de Ortega y Gasset*, Ediciones de la revista de Occidente, Madrid 1965, 53-91; Harold RALEY, *La visión responsable* (= Selecciones Austral 26), Espasa-Calpe, Madrid 1977, 102-136.

tarme y chocar constantemente, incesantemente, con cuanto integra ese mundo: minerales, plantas, animales, los otros hombres. No hay remedio. Tener que apachugar con todo eso. Tengo, *velis nolis*, que arreglármelas, mejor o peor, con todo ello. Aquí estoy haciendo esto o aquello, afanándome en ser”<sup>7</sup>.

Tal es el pavoroso problema que nos plantea nuestra vida. La piedra y el animal no tienen este problema. La piedra tiene su gravedad de una vez para siempre. El animal se mueve, actúa, acciona y reacciona; pero, a lo que podemos saber, su vida está hecha. Se la dan hecha. La tiene genéticamente programada de una vez para siempre. La ardilla está en incesante y graciosa actividad, va y viene, viene y va, se vuelve y se revuelve, hace muchas cosas; pero hay una que no hace: hacerse ardilla. Crece su cuerpo, pero no es más ardilla al morir que al nacer. Tiene crecimiento biológico, no metafísico. Ni son más ardillas las de hoy que las de ayer. El hombre, en cambio, no está hecho; se hace. Cambia, se modifica, avanza o retrocede, es más humano o menos. Cambiar no depende de él, aunque sí la dirección e intensidad del cambio. El hombre no dispone de su razón ni de su libertad como si fueran una pieza anatómica; no puede echar mano de ellas a placer. El hombre se hace inteligente y racional y libre y responsable y corresponsable y tolerante y justo y pacífico y educado... Es él quien decide lo que va a ser; quien elige amar u odiar o pasar de largo, indiferente, por la vida. Se forma o se deforma. Metafísicamente, no puede estarse quieto. No hacerse es deshacerse. “Donde dijiste basta, allí comenzó tu ruina”<sup>8</sup>.

Si, como pretende la tradición desde Parménides, el ser es una presencia inmutable, siempre idéntica a sí misma, *el hombre no es*. El ser del hombre no está ahí, determinado, dado de antemano; ni siquiera propuesto como una tarea. Tiene que inventárselo él, cada uno el suyo, y hacerlo. El hombre ha sido y será, no es. Lo único que se le da es la necesidad de hacerse. Para satisfacerla se le dan unos datos biológicos y psicológicos, lo que podemos llamar naturaleza humana. Nace, además, en una sociedad que se le mete por sus adentros y le moldea y prefabrica antes de que él pueda tomar decisión alguna. Cada uno lleva dentro su vida anterior, lo que de ella ha hecho hasta este momento. Lleva también la vida de las generaciones anteriores, sus usos y costumbres, el nivel humano a que se ha llegado. Y lleva, quiera o no, las etapas de la evolución anteriores al hombre. “Hasta llegar al hombre, la vida ha tenido que construir laboriosísimamente una gigantesca pirámide de especies. Pero una pirámide no es una escalera de la que se puede prescindir después de haber subido. La psicología no debe olvidar que la mente humana proce-

---

7. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, edic. cit., 46.

8. SAN AGUSTÍN, *Serm.* 169, 18.

de de un psiquismo animal”<sup>9</sup>. Todo esto le condiciona y limita. Es como el pie forzado con el que tendrá que componer el poema de su vida. Perentoriamente. Pero el poema no se le da hecho; lo tiene que imaginar y hacer él. Cada uno el suyo. Este es el gran quehacer de su vida. Y esto no sólo en los primeros años, sino de por vida. El gran quehacer de toda su vida hasta su último respiro.

Todos sabemos los problemas que nos trae esta nuestra condición humana. Ser hombre es ser riesgo permanente. Somos seres problemáticos; somos problema. “Ante tus ojos, Señor, estoy hecho un problema para mí mismo. Esta es mi enfermedad”<sup>10</sup>. No es que el hombre tenga problemas, sino que él mismo es problema, y no sólo para los demás, sino también y ante todo para sí mismo. ¿Quién soy yo?, es decir, ¿quién he sido hasta ahora?, ¿quién voy a ser de ahora en adelante? Este es el problema. A su lado, todos los demás palidecen. El animal, en cambio, no tiene problemas porque para sí mismo no es problema. No tiene dudas sobre su propio ser. “No tiene que decidir ahora lo que va a ser en el instante inmediato”<sup>11</sup>. Cuando el médico preguntó al viejo Fontenelle, al cumplir cien años, qué sentía, este le respondió: “nada especial; sólo una cierta dificultad de ser». Debemos generalizar y decir que la vida, no sólo a los cien años, sino siempre, consiste en una cierta dificultad de ser”<sup>12</sup>.

## 5. Necesidad de la contemplación

### a) ¿Qué hacer?

Imaginémonos al hombre primitivo. Sus necesidades le apremian. Siente frío, calor, hambre, sed, cansancio... “La madre de todas las acciones humanas es la necesidad”<sup>13</sup>. Pero un buen día, en plena faena, le fallan las cosas de que se sirve. Algo tiene que hacer, pero hacer ¿qué? En su desamparo, entra en sí mismo, imagina remedios, se hace ideas sobre las cosas que le han falla-

---

9. José Luis PINILLOS, *Principios de psicología* (= Alianza Universidad 100), Alianza Editorial, 1981 9, 16.

10. SAN AGUSTÍN, *Confess.* X, 33, 50. Muchos otros textos.

11. ORTEGA Y GASSET, *Pidiendo un Goethe desde dentro*, en *Tríptico* (= Col. Austral 181), Espasa-Calpe, Madrid 1972 9, 146.

12. ORTEGA Y GASSET, *Historia como sistema* (= Col. Austral 1440), Espasa-Calpe, Madrid 1971, 42; cf. Id., *Goethe sin Weimar*, en *Vives-Goethe* (= Col. El Arquero), Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1973, 191.

13. SAN AGUSTÍN, *Enarr. in ps.* 83, 8.

do, forja planes, los pone en práctica. El hombre, por ejemplo, comenzó a romper piedras porque necesitaba sus fragmentos. En un momento determinado, se le ocurrió que uno de los fragmentos resultantes serviría mejor a su necesidad si hacía con él ciertos manejos. Su descubrimiento se extendió. Nació el hacha de sílex. En su acción, se le fueron presentando nuevas necesidades. Ideó nuevos planes con que atenderlas. Y así una y otra vez<sup>14</sup>.

Atendidas las necesidades primarias, surgen otras más refinadas. El hombre imagina y crea mundos cada vez más complejos: el mundo de la caza, el de la guerra, el de la convivencia, el de la moral, el de las creencias, el del arte, el de la religión, el de los valores, el de la vida misma..., mundos que se conectan y se traban unos con otros. El hombre es el eterno insatisfecho, fábrica de preguntas sin fin.

¿Qué hacer? ¿Qué tenemos que hacer en nuestras relaciones recíprocas?, se preguntó el hombre un día: nació el mundo de la ética.”¿Qué tenemos que hacer?”, preguntaban las multitudes a Juan Bautista (Lc 3, 10). Es la misma pregunta que hace a Jesús un jurista (Lc 10, 25), la misma que hacen a los apóstoles los primeros convertidos (Hch 2, 37). Hacer la pregunta exige ya entrar en sí mismo. Responderla, pensar la acción, lo que hay que hacer, es crear un mundo moral.

El hombre tiene muchas cosas que hacer. Para todas necesita recogerse en sí mismo, entrar en su hogar, pensar. Pero ninguna le es tan necesaria e ineludible a cada cual como el quehacer en que él consiste; el ejecutar el ser que él tiene que ser, su proyecto vital, su vocación. Le va en ello la vida, su ser.

Dejemos constancia, aunque sea fugaz, de la importancia que tienen la imaginación y la memoria en nuestras vidas<sup>15</sup>. Aquella es la que empuja al hombre a idear, pensar, tejer su vida con los datos que ésta le suministra; a proyectar su hacer y proyectarse a sí mismo, proyectar formas de vida huma-

14. Cf. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, edic. cit., 24-26; Id., *Ideas y creencias*, edic. cit., 34-36 y 47-48; Id., *Apuntes sobre el pensamiento*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1975, 32-34.

15. “Durante los últimos decenios, la memoria ha vivido sus horas más bajas. Se la convirtió en símbolo de la repetición y la rutina. Era la permanencia ominosa del pasado y, para una sociedad preocupada por el tránsito al futuro, era más un peso muerto que una energía viva. Fue una gran injusticia aceptada sin chistar por la pedagogía [...]. La memoria no es un lastre que debemos largar para ir más ligeros, sino el combustible que nos permite volar [...]. Un organismo sin memoria no podría ni siquiera percibir: vemos, interpretamos y comprendemos desde la memoria, que ejerce su servicio con tal discreción que parece que no sirve para nada” (José Antonio MARINA, *Teoría de la inteligencia creadora* (= Col. Argumentos 145), Editorial Anagrama, Barcelona 1995 6, 118-119). Ortega decía que para tener mucha imaginación hay que tener mucha memoria. Es un hecho que los grandes creadores han tenido una gran memoria. Pero no olvidemos que la imaginación y la memoria, como todo lo humano, se hacen.

na, modificar las que tiene. “La loca de la casa”, la llamó santa Teresa<sup>16</sup>. Gracias a que hay una loca en la casa, esta funciona. ¿Hubiera podido escribir santa Teresa las obras que escribió y hacer las fundaciones religiosas que hizo sin imaginación? Toda obra, grande o pequeña, que el hombre hace comienza por ser un diminuto germen, apenas un levísimo temblor de vida, en su imaginación. Cultivemos nuestra imaginación, tan denostada por los ascetas. Alimentémosla con lo que ella se alimenta, con la chamarasca recogida por los sentidos en el exterior y archivada en la memoria. De los sentidos se sirvió san Juan de la Cruz para hacer la maravilla de sus poemas, diga lo que quiera en sus comentarios en prosa. Atrevámonos a imaginar formas de vida mejores que las que tenemos, más solidarias y fraternas. “Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos” (Lc 8, 22). Tengamos el coraje de hacerlas realidad. Nos va en ello nuestro futuro; nos va en ello la vida.

#### b) *Necesidad de elegir*

El hombre se halla afanado con las cosas en torno. La imaginación le presenta siempre una pluralidad de posibilidades. Decimos: por un lado haría esto, pero por otro... Entre esas posibilidades tiene que elegir. Vivir es preferir. Pero las posibilidades no están ahí, objetivamente dadas. Las posibilidades surgen del contacto del hombre con el mundo en que vive. Surgen de la acción de la inteligencia creadora sobre la realidad. Es la inteligencia la que ve ciertas propiedades reales e inventa posibilidades. “Cuando se miran las cosas a fondo, se encuentra, no sin sorpresa, que la tendencia a considerar que casi todo está dado o impuesto al hombre, y que este está «determinado», es un error; lo que podríamos llamar la parte del hombre, es decir, su libertad, es mayor de lo que ha solido pensarse, lo verdaderamente decisivo. La opinión contraria se explica por la propensión a deslizar en lo humano el modo de ser de las cosas, que le es radicalmente ajeno, ya que incluso lo que en el hombre hay de cosa está sujeto a la transformación que como persona ejerce sobre ello”<sup>17</sup>.

Incluso en una situación extrema, en que la circunstancia parece no dejarnos salida ni, por tanto, opción, decimos que “se está entre la espada y la pared”. La muerte es segura, no hay escape posible. Pero aun entonces le cabe al hombre elegir su propia muerte, la de un héroe o la de un cobarde, la de un mártir o la de un renegado. “La circunstancia, el aquí y ahora dentro del cual estamos inexorablemente inscritos y prisioneros, no nos impone en

16. *Libro de la vida* 17, 7 y 30, 16, en *Obras completas*, BAC, Madrid 1979, 81 y 135.

17. Julián MARÍAS, *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de vida*, Alianza Editorial, Madrid 1995, 46.



cada instante una única acción o hacer, sino varios posibles, y nos deja cruelmente entregados a nuestra iniciativa o inspiración; por tanto, a nuestra responsabilidad”<sup>18</sup>. En los momentos de extrema gravedad o en aquellos otros vulgarísimos, tenemos que elegir. El hombre está siempre eligiendo lo que va a hacer en el instante próximo.

Hay en la vida momentos decisivos que la marcan para siempre, aquellos en los que hay que elegir una carrera, una profesión, una forma de vida, la vocación. Entre las notas que Descartes dejó a su muerte se halla este verso de Ausonio: *quod vitae sectabor iter?* ¿Qué camino, que vía tomaré para mi vida? “Pero la vida, prosigue Ortega, no es sino el ser del hombre; por tanto, eso quiere decir lo más extraordinario, extravagante, paradójico de la condición humana, a saber: que es el hombre la única realidad, la cual no consiste simplemente en ser, sino que tiene que elegir su propio ser”<sup>19</sup>. “Ha de elegirlo y decidirlo él, intransferiblemente, por sí y ante sí, bajo su exclusiva responsabilidad. Nadie puede sustituirle en este decidir lo que va a hacer, pues incluso el entregarse a la voluntad de otro tiene que decidirlo él”<sup>20</sup>. Estamos condenados a elegir. Somos, Ortega insiste en ello y también Sartre, *necesariamente libres*. De ahí el carácter de *perplejidad* que es propio de la vida humana: encontrarse no sabiendo qué hacer. *Guía de perplejos* tituló su libro más famoso Maimónides. Perplejidad en las grandes decisiones, perplejidad en las situaciones-límite, perplejidad en las pequeñas cosas de la vida diaria. ¿Qué hacer en este momento? ¿Seguir leyendo? ¿Dejarlo? En la elección de una cosa tan simple, “interviene íntegra la elección que ya han hecho [...] de un tipo de humanidad, de un modo de ser hombre que en su ‘vivir procuran realizar”<sup>21</sup>.

### c) Necesidad de acertar en la elección

El hombre puede hacer en cada momento muchas cosas. De entre ellas elige una. Pero, y esto es lo grave, al hacer eso que ha elegido, que quizá aparentemente carece de trascendencia, se está haciendo a sí mismo; condicionando, por consiguiente, su futuro. De ahí la necesidad que tiene de acertar en la elección. Si hace esto, en el instante próximo será A; si hace aquello, será B. En este momento, el lector puede seguir leyéndome o renunciar a ello. Por escasamente importante que sea lo que estoy diciendo, el lector será A o

18. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, edic. cit., 42.

19. *Ib.*, 42-43.

20. *Ib.*, 43.

21. *Ib.*, *ib.*

B según la elección que haga. Lo que elija pasará a formar parte de su ser. Su futuro se verá influenciado por esta decisión tan minúscula. Dependemos en todo momento de lo que hemos hecho y de lo que han hecho las generaciones anteriores y de lo que ha ocurrido antes de la aparición del hombre. Todo el pasado, el humano y el del universo, el individual y el social, gravita sobre nosotros, nos condiciona, estrecha nuestro futuro.

No podría ponderarse mejor la necesidad de acertar en la elección de nuestro hacer y la necesidad de hacer lo mejor posible lo que hemos decidido hacer; dos cosas que no están muy de moda, pero imprescindibles si queremos que la vida no se nos vaya de vacío y que suba el nivel humano en torno nuestro. Acierto en la elección y esmero en la ejecución. Conviene recordar el consejo de Antonio Machado: “despacito y buena letra:/ el hacer las cosas bien/ importa más que el hacerlas”<sup>22</sup>. El hacer bien las cosas, la obra bien hecha, no es una virtud de nuestros días. Hoy lo que priva es la chapuza, el qué más da, incluso en oficios que antes se distinguían por su meticulosidad. Abundan los libros mal escritos, hasta tipográficamente. Lo importante son las ideas, se dice a veces como excusa; pero eso es precisamente lo que no hay en ellos, aparte de que una idea mal expresada es una idea demediada, en agraz, a medio hacer, no es idea. Desconfiad de quien se ampara en que lo importante son las ideas. Hoy la corriente nos lleva hacia la falta de rigor y la ausencia de calidad. Razón de más para mantenerse alerta y resistirla, aunque, como dijo también Machado, “¡qué difícil es/ cuando todo baja/ no bajar también”<sup>23</sup>.

Una de las ejemplaridades más sobresalientes de fray Luis de León es haber dado cima a una obra verdaderamente excepcional en medio de circunstancias adversas, que a otro menos dotado para la lucha le hubieran llevado a abandonar el campo.

#### d) *Las horas contadas*

Pero es que, además, es un tema este de saber lo que tenemos que hacer y hacerlo que no podemos dejar para las calendas griegas. La vida es inexorablemente mortal, tenemos las horas contadas, y esto la convierte en prisa y da densidad al tiempo de que disponemos y lo comprime, exigiéndonos “hacer lo mejor en cada instante. Una de las grandes limitaciones, y aun deberíamos decir de las vergüenzas de las culturas todas hasta ahora sidas, es que

---

22. *Nuevas canciones*, en *Poesía y prosa*, Edición crítica de Oreste Macrí, Espasa-Calpe/ Fundación Antonio Machado, Madrid 1989, II, 631.

23. *Poesías sueltas*, en *Poesía y prosa*, edic. cit., II, 787.

ninguna ha enseñado al hombre a ser bien lo que constitutivamente es, a saber: mortal. Esto quiere decir *in nuce* que mi doctrina respecto a la muerte es estrictamente inversa de la existencialista”<sup>24</sup>. Advertía Ortega a sus oyentes, en una conferencia, sobre la gravedad de asistir a ella: “han decidido ustedes ocupar así esta hora de sus vidas, pero sus vidas tienen las horas contadas. Cada una es insustituible y si estar aquí no es lo mejor que podían hacer ahora, es evidente que han estrangulado una de esas sus horas incanjeables y han practicado una cierta forma de parcial suicidio. Esta consideración nos invita a cuantos nos hallamos aquí a obtener el mayor rendimiento posible de los minutos de esta hora, que no es una cualquiera de un tiempo infinito, sino que es única en la precisa y breve serie que tenemos a nuestra disposición. Tratemos de conseguirlo”<sup>25</sup>. Parecida actitud ante la vida fue la de Marañón, quien se llamaba a sí mismo “trapero del tiempo” por su habilidad para aprovechar sus sobras, esos minutos en blanco que suele haber entre ocupación y ocupación a lo largo del día. Por esto el tiempo se le multiplicaba.

Pero que nadie se llame a engaño y crea que esto de hacer en cada momento “lo mejor” consiste sólo en estudiar o escribir libros, o en vacar exclusivamente a alguna ocupación de las llamadas abusivamente santas. “Lo mejor”, en este momento, puede ser pasear o jugar o conversar o dormir... Lo importante es tener presente que las horas están contadas y hay que exprimir las, vivirlas con intensidad, haciendo “lo mejor” en cada momento. Ortega y Marañón fueron dos excelentes tertulianos, dos maravillosos conversadores, dos hombres volcados al exterior, dos apasionados contempladores de los pueblos y paisajes de España..., y también ahí sus horas contadas dieron sus jugos al máximo, como los dieron en sus horas de ensimismamiento. Tú verás, lector, si continúas leyendo; yo voy a seguir intentando aclararme algunas cuestiones que me importan.

#### e) *La autenticidad*

Nacemos en un mundo de hombres. Antes, mucho antes, de caer en la cuenta de nosotros mismos, tenemos ya la experiencia básica de los otros; estamos habituados a ellos. Desde el nacimiento, y aun antes a través de la madre, estamos abiertos a los otros. Estos se comportan de determinada manera, tienen determinados usos y costumbres y, sobre todo, hablan. A través de todo ello, nos inyectan sus ideas y creencias, sus convicciones, su manera de ser, sus formas de vida, sus modelos de humanidad. Nos dan la realidad

---

24. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, edic. cit., 132 n-1.

25. *Sobre un Goethe bicentenario*, en *Vives-Goethe*, edic. cit., 143.

deslindada y estructurada, interpretada, pero no lo advertimos. Tomamos como realidad lo que sólo son interpretaciones recibidas, bienes mostrencos. Los otros, sin pedirnos permiso, se introducen en nosotros, en nuestra propia textura personal. “Vemos todo el resto del mundo, como al través de la reja de una prisión, al través del mundo de hombres en que nacemos y vivimos”<sup>26</sup>.

¿Dónde vas, Vicente? Donde va la gente. Yo hago esto y lo otro porque es lo que *se* hace; porque es lo que está mandado, porque siempre *se* ha hecho así. ¡Pues estaríamos buenos que a estas alturas tuviéramos que estrenar usos nuevos! Yo pienso de esta manera y no de otra porque así *se* piensa. ¿Quién piensa así? Yo, no, sino *se*, la gente, los demás, la sociedad, todos y nadie en particular. Yo tengo estas creencias y no otras porque es lo que la gente cree, lo que *se* cree, lo que me insuflan los vientos de la sociedad. Y yo antes creía en Dios y ahora no, porque los vientos han cambiado. Pero jamás reconoceré, esto es lo especialmente grave, que la gente piense y hable en mí. Soy yo, ¡faltaría más!, quien, con toda responsabilidad, piensa y habla así. ¿Por qué dos y dos son cuatro? Anda éste, ¡qué preguntas tiene! Porque sí, porque siempre se ha sumado así, porque *se* suma así. ¿Cuántos, pregunta Ortega, se han detenido a pensar verdad tan elemental, de modo que sea para ellos verdad personal y no de recibo?

Vivimos a crédito de la sociedad. Nuestras verdades, las que sustentan nuestra vida, no son personales, sino sociales. Vivimos desde cosas que hemos oído nombrar, definir, valorar ..., y a las que, sin más análisis, hemos dado por verdaderas; pero que, en última instancia, pueden no serlo. ¿Qué pasaría si todas ellas fueran cheques en falso? Que estaríamos viviendo irresponsablemente, a cuenta de lo que dicen y hacen los demás; que estaríamos falsificando, en su misma raíz, nuestra vida. Es decir, *pseudoviviríamos*; haríamos como que vivíamos, pero no viviríamos efectivamente nuestro auténtico vivir. En mayor o menor grado, todos vivimos una doble vida. Hay quienes no viven casi más que la pseudovida de la convencionalidad y hay, caso extremo, quien vive enérgicamente fiel a su autenticidad. Pero aun en el caso de la máxima autenticidad, el individuo vive “la mayor porción de su vida en el pseudo-vivir de la convencionalidad circundante o social”<sup>27</sup>.

De aquí la necesidad de pasar, de vez en cuando, de la perspectiva convencional a la personal; de la visión anónima de los problemas a su visión individual. Necesitamos retirarnos, de cuando en cuando, al fondo de nosotros mismos para poner en claro las cuentas de nuestra vida y exigir a todas esas interpretaciones sus credenciales de autenticidad. Retirada en la que nos

---

26. Id., *El hombre y la gente*, edic. cit., 92. .

27. Id., *Íb.*, 122-123.

tenemos que volver incluso contra lo pensado por nosotros mismos para liberarnos de lo que nuestro pensamiento y nuestras emociones y nuestra escala de valores han proyectado sobre la realidad, confundiéndolo con ella. Ya Kant nos puso en guardia contra esta intromisión del sujeto en el objeto, alterándolo. La física cuántica, con el principio de indeterminación o incertidumbre, ha insistido en ello y en ello, en la introducción del lector en el texto, en la participación del lector en el sentido del texto (el sentido no proviene *sólo* del texto; surge en el encuentro de *este* lector con el texto, de ahí su pluralidad de sentidos), insiste la lingüística. Es este un repliegue que nos obliga a depurar los instrumentos de objetividad; siempre, no obstante, inalcanzable en toda su amplitud. Retirada a la soledad de nosotros mismos, en la que inventariamos el depósito de nuestras convicciones y comprobamos qué fondos lo garantizan; con qué fondos auténticos cuenta el banco de nuestra vida. Necesitamos hacer periódicamente la lista de las motivaciones reales de nuestro vivir, quizá muy distintas de las que decimos. Necesitamos hacer, a veces, rigurosos *ejercicios personales*, personalísimos, muy distintos de los tradicionalmente llamados ejercicios espirituales, para alcanzar en ellos la desnuda intuición de lo real y aprender a distinguir lo auténtico de lo convencional. Pensar es entonces “arreglo de cuentas de uno consigo mismo, en la pavorosa desnudez de sí mismo ante sí mismo”<sup>28</sup>. “La verdad no tolera ser encomendada a los demás [...]. Consiste formalmente en la metódica eliminación de las *opiniones* ajenas”, dice el orteguiano Antonio Rodríguez Huéscar<sup>29</sup>.

#### f) *Nuestros tiempos*

Esta necesidad de retirada al fondo de nosotros mismos urge de manera especial en tiempos revueltos como los que estamos viviendo. A nadie se le oculta que estamos en un momento crítico, en uno de los momentos más críticos de la historia. Lo estamos sintiendo en nuestra propia carne. Las leyes que nos rigieron y que creíamos poco menos que de inspiración divina, la voz de Dios según los maestros graves de nuestra juventud, han pasado a la historia. Los usos que fueron pauta de nuestro vivir cotidiano son, en el mejor de los casos, curiosidades en el desván de la memoria. Los ideales que alimentaron nuestra juventud (entonces había ideales, muchos ideales, tantos más cuantas menos ideas) yacen por el suelo. Arriadas están todas las banderas. Las más contrapuestas tradiciones de Occidente están agotadas. Nos hemos quedado en medio del océano sin salvavidas.

---

28. Id., *Íb.*, 87.

29. *Perspectiva y verdad*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1966, 250.

Nadie cree ya en los grandes relatos, sagrados o no, que lo explicaban todo. Ideologías y sistemas que daban razón del universo entero se han astillado. Todos los muros, y no sólo el de Berlín, se han derrumbado. “Ni piedra sobre piedra” (Mc 13, 2), como dijo Jesús del templo de Jerusalén y sus instituciones. Sólo tenemos fragmentos, esquirlas de pensamiento. No hay cultura, que es siempre sistema de conocimientos, no unas cuantas piezas sin orden ni concierto. Un rústico de antes desconocía muchas cosas, la inmensa mayoría; pero estaba orientado, sabía a qué atenerse. Era culto. Un científico de nuestro tiempo (el sabio, *l'uomo universale* de Leonardo da Vinci, ideal del Renacimiento y de la Ilustración, como figura social ha desaparecido) conoce al detalle su pequeño jardín, pero desconoce todo lo demás. Vive en su mundo, dedicado exclusivamente a él, con léxico propio, incapaz de entenderse con los otros, ni siquiera con los más próximos. Todo está compartimentado, dividido y subdividido. El científico trabaja con frecuencia en un proyecto común del que sólo conoce la minúscula parte que le han asignado. Él mismo queda convertido en una pieza mínima del mecanismo total. Como sujeto ha muerto. El Charlot de *Tiempos modernos* expresó bien esta situación. Como ha señalado Carlos Castilla del Pino, “la compartimentación del saber es un axioma porque hace posible que el científico sea, ante todo, un productor. Un plus de saberes le estorbaría en su rol de productor”<sup>30</sup>. A la compartimentación estanca del trabajo corresponde una nueva idea de la realidad, hoy ya muy extendida en las más diversas capas sociales: una realidad fragmentada y cada vez más fragmentable, reducida, en última instancia, a química. “En cuanto nos vimos, funcionó de maravilla la química”, dirá el entrevistado de turno sobre algún encuentro casual que ha tenido con alguien, a quien con su expresión deja reducido a algo. La realidad queda brutalmente mutilada. La perspectiva y la síntesis se alejan cada vez más. Con razón hablaba Ortega de la barbarie del “especialismo” y del terrorismo de los laboratorios<sup>31</sup>. Los intelectuales, es un decir, se conforman con “el pensamiento débil”. ¡Y tan débil! Todo es *light*, rebajado. Oleadas sucesivas de desalmados han conseguido que los hombres ignoren su propia historia, su gran tesoro, o se la están haciendo tragar falsificada. Es la hora de los tontos y figurones. Aparecen en todas partes, siempre hablando de todo sin entender de nada. Especialistas de la frivolidad intelectual, que es la peor de las frivolidades.

---

30. *El hombre-antiilustrado*, en ABC 28-10-95, 3.

31. Cf. *La rebelión de las masas* (= Col. Austral 1), Espasa-Calpe, Madrid 1966 17, en especial pp. 82-89 y 102-107; Id., *Meditación de la técnica* (= Col. Austral 1360), Espasa-Calpe, Madrid 1965; Edmund HUSSERL, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Editorial Crítica, Barcelona 1990.

Al hombre ilustrado de la modernidad le está siguiendo el *a-ilustrado*; el hombre que no advierte su ignorancia, satisfecho como está con su abundante ración televisiva, vista, si eso es ver, entre el ruido ensordecedor de los futbolines y tragaperras y el apuramiento de una litrona. Parejo a él, coincidiendo muchas veces los dos en un mismo individuo, se propaga el increíble; el hombre que, si le hablan de Dios, no sabe de quién le están hablando. Él vive feliz y no necesita más. A lo sumo, juntarse en manada con otros como él. Son las tribus urbanas<sup>32</sup>, que vuelven inhóspitas determinadas zonas de nuestras ciudades y merodean a veces por nuestros pueblos. La que se nos viene encima, la tenemos ya dentro, es de padre y muy señor mío.

Pero a la vez, como ocurre en todas las épocas de crisis, algo nuevo está germinando<sup>33</sup>. En la ciencia, se están abriendo horizontes novísimos. La reflexión filosófica ha arribado a continentes nunca antes vistos. El caos y un orden nuevo. Lenta, pero sin pausa, se está formando una nueva cultura, una mentalidad nueva, una nueva forma de comprender el mundo, de comprenderse el hombre a sí mismo; nuevas formas de ser y pensar, nuevas relaciones sociales, nuevas formas de comunidad. Nunca como ahora ha habido tantos jóvenes que hayan tomado en sus manos, consciente y responsablemente, su propio destino; lo que, evidentemente, no es cómodo para los muchos partidarios que todavía tiene la consigna que el prior de los dominicos de San Esteban de Salamanca dio a Ignacio de Loyola: “al redil, al redil”. El pensamiento se ha acercado, más que nunca en toda su historia, a comprender lo que quiere decir persona. Tenemos el instrumento adecuado para seguir avanzando por ese camino, aunque está claro que muchos no están por la faena. Si lo hacemos, quizá lleguemos a entender algún día este principio evangélico: “El precepto existió por el hombre, no el hombre por el precepto; luego señor es el Hijo del hombre también del precepto” (Mc 2, 27-28 par). La persona: este es nuestro tema.

Comienza, o mejor, ya ha comenzado una nueva era, una nueva navegación del pensamiento. *Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo! [...] iam noua progenies caelo demittitur alto*<sup>34</sup>. Es hora de elegir. Escoja cada cual: seguir en tierra, en la dulce soñera de lo consabido, o correr el albur de vivir desde sí mismo; desde sus mínimas verdades, pero autenticadas, limpios los ojos para ver los lazos invisibles que nos anudan a todos y a todo; situarse en la posmo-

---

32. La denominación no es acertada, pero es ya usual. Sobre el tema, cf. *Cuadernos de Realidades Sociales* 45-46 (1995), todo el número.

33. Cf. Pedro LAÍN ENTRALGO, *La esperanza en tiempo de crisis*, Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores, Barcelona 1993, 11-43.

34. VIRGILIO, *Églogas* IV, vv. 5-7.

derinidad del dejarse llevar *temere passimque*<sup>35</sup>, a la deriva, o en la vigilante y creadora posmodernidad de ser él, él mismo, y, por ello, solidario: persona.

g) “*Un alma sola y un solo corazón en Dios*”<sup>36</sup>

Hay épocas de calma y épocas de crisis. En las primeras, los distintos integrantes de una sociedad comparten, pacíficamente y sin sobresaltos, un amplio repertorio de creencias e ideas, de valores y usos, también de sentimientos. Es el patrimonio común, su inmovible roca de anclaje. Es para todos un mundo objetivo, en el que viven unánimes (con una sola alma) y concordes (con un solo corazón). Hay entre ellos discrepancias, pero no resquebrajan el suelo común sobre el que caminan confiados. Porque en tales sociedades discrepar en profundidad es un abuso, un ponerse fuera de la ley, marginarse de la comunidad. Al que tal hace se le llama al orden y se le obliga con duros castigos a reintegrarse al corral. De no hacerlo, se le excomulga, o se le destierra, o se le decapita. Tienen todos la impresión de que ese mundo ha existido desde siempre; de que no ha sido creado por hombres, de que es natural, la realidad: tan identificados están con él. No es *su* mundo, sino *el* mundo.

En las épocas de crisis, en cambio, todo son sobresaltos. El suelo común se resquebraja, si es que no salta por los aires. La línea común de flotación se rompe, y unos suben hasta las estrellas y otros bajan hasta los abismos. El campo de coincidencias se reduce de manera alarmante. La unidad y la concordia se desvanecen. Se viene abajo *el* mundo. No hay donde guarecerse. Vidas desgarradas, sin norte, restos de un naufragio. En medio de la desorientación, sin embargo, los vigías comienzan a percatarse de que el orden antiguo era un orden creado, en convivencia, por los hombres; de que el mundo en que estaban no era *el* mundo, sino *su* mundo; de que, en consecuencia, ha llegado la hora de crear por medio de la convivencia otro nuevo, menos erizado, más humano. Noche profunda y albores que se anuncian. Desesperación y esperanza. “Al alba, mi amiga, al alba”.

“La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y un alma sola” (Hech 4, 32). “todos pensaban y sentían lo mismo”. Es un elogio redondo, que deja muy bien a la comunidad. En realidad, se trata de un ideal clásico, de un cliché. Si se leen los *Hechos*, se ve que la realidad no era exactamente lo que el tópico dice. San Posidonio nos dice que, en Hipona, Agustín comenzó a vivir con otros “siervos de Dios” según esta regla apostólica<sup>37</sup> y Agustín

35. SAN AGUSTÍN., *De beata vita* I, 1.

36. Id., *Regla* I, 3.

37. Cf. *Vita* V.



manda en su *Regla* “tener un alma sola y un solo corazón en Dios”. ¿Cuál es en ella el *contenido concreto* de la unanimidad y concordia, pues este es el que hay que encontrar? ¿Qué puesto ocupan estos dos conceptos en el sistema de su pensamiento? La lectura de los comentarios de la *Regla* nos desencanta. Los ponderan, no los explican. Y ¿cuál debería ser hoy su contenido? ¿O es que tenemos que pensar y sentir lo mismo que san Agustín? ¿Es esto posible?

“Dios mismo sería nuestro común, grande y rico patrimonio”<sup>38</sup>, nuestra alma única y nuestro único corazón, dice Agustín escribiendo sobre los monjes de Hipona. Hay que odiar en la propia alma, dice también, los afectos particulares o privados; por ejemplo, los afectos entre padres e hijos, entre esposos, entre hermanos, entre amigos..., es decir, todo afecto humano, que es perecedero, diabólico, propiedad “del perro”. Hay que amar, en cambio, lo común y público, el afecto con que se aman los hijos de Dios y hermanos en Cristo. Lo propio y privado, lo individual, hay que raerlo de raíz, por muy insignificante que sea<sup>39</sup>. Leto, el novicio al que dirige la carta, tendrá que extirpar el afecto filial con que ama a su madre (suya, pero no de Agustín ni de ningún otro que no sea hijo de ella) y amarla únicamente como a “hermana en Cristo” (suya, de Agustín y de todos los que viven en “la sociedad de la caridad”). ¿Estamos de acuerdo? ¿Coincide nuestra visión de las relaciones familiares, de las relaciones entre varones y mujeres, de la amistad y, en general, de las relaciones humanas con la de Agustín? No hay más que abrir los ojos para advertir que nuestros usos no son los suyos. No pensamos de la misma manera, por más que hablemos de fidelidad a eso que llaman carisma institucional. “De este modo, sigue diciéndole Agustín a Leto, tu alma no es tuya, sino de todos los hermanos, cuyas almas son también tuyas. O mejor, sus almas y la tuya no son muchas almas, sino una, el alma única de Cristo, que en el salmo (21, 21) pide que la libren del *dominio del perro*. De aquí se llega fácilmente al desprecio de la muerte”<sup>40</sup>. Esto es tener “un alma sola y un solo corazón en Dios”. ¿Cómo es posible hablar de respeto a las personas en san Agustín y en la tradición de Occidente? Ahí están los hechos a lo largo de la historia y no estoy pensando precisamente en la Inquisición. Ha habido, y aún hay, otras muchas formas de degüello. Estamos lejos de lo que la tolerancia y el respeto mutuo exigen como norma de convivencia. ¿Qué entendían ellos y qué entendemos nosotros por persona?

---

38. SAN AGUSTÍN, *Serm.* 355, 2.

39. “Porque, dice otro experto en la purificación de los afectos, eso me da que un ave esté asida a un hilo delgado que a un grueso, porque, aunque sea delgado, tan asida se estará a él como al grueso en tanto que no le quebrare para volar” (SAN JUAN DE LA CRUZ, *I S* 11, 4, en *Obras completas*, Madrid 1978 10, 479).

40. *Ep.* 243, 3-4. Léase toda la carta.

Dios, Jesucristo, la Iglesia, la vida religiosa, la vida agustiniana... Este es nuestro patrimonio, “nuestro común, grande y rico patrimonio”. Todos coincidimos en ello... porque son abstracciones. En el momento en que comenzamos a dar significado concreto a esas palabras y a otras muchas, comienzan las discrepancias. A veces, simas profundas nos separan. Todos tenemos experiencia de ello. La unidad y la concordia no hay que darlas por supuestas y menos imponerlas; hay que crearlas. Para tener un patrimonio común de ideas y sentimientos, hasta donde sea aconsejable, hay que crearlo en convivencia, única forma válida en nuestro tiempo; hay que ir haciéndolo realidad en el acontecer diario, llenando de significado concreto los casilleros vacíos que esas palabras denotan.

¿Cómo lograrlo? Pensando. Así de sencillo y así de difícil. Si esto no se hace, todo lo demás será bullanga y fanfarria, zurrapa. Vivimos en una sociedad de corresponsabilidad y participación. Surgen asociaciones, foros, clubes de opinión, escuelas, talleres, seminarios, espacios de encuentro y diálogo... Se va espesando el entramado social, lo cual es muy importante en una sociedad tradicionalmente disgregada como la española. Los conventos hierven de comisiones, asambleas, capítulos, encuentros, juntas, cursillos..., todo ello multiplicado en los distintos niveles. Se elaboran proyectos comunitarios, educativos, vocacionales, de formación, de pastoral... Papeles, papeles y más papeles. “¿Fueron sino devaneos?! ¿Qué fueron sino verduras/ de las eras”, podemos preguntarnos con Jorge Manrique.

Y, sin embargo, muchas de esas impertinencias, siempre que no estén vacías de pensamiento (se piensa poco y mal), son necesarias para que lo abstracto vaya pasando por el corazón y se haga carne común y alma única, proyecto compartido. La mentalidad es lo más difícil de cambiar. Se pueden cambiar las leyes, se pueden multiplicar los decretos; ella sigue incommovible desafiándolo todo, impávida. La lentitud de la historia es, a veces, desesperante. Lo propio de los cambios sociales es deslizarse despacio, tanto más cuanto más profundos sean. Cambia la superficie del mar, pero su profundidad, la intrahistoria, sigue inmutable. Ya lo dijo Heráclito: “los molinos de los dioses muelen despacio”.

El medio más eficaz para alcanzar ese patrimonio común de pensamientos y aspiraciones no son los actos programados expresamente para ello, sino la espontaneidad de la vida diaria, siempre que los sujetos estén dispuestos a ello y contemplen con entrega en su soledad y reflexionen en común. Es en el trato familiar, no embridado, donde las personas se comunican y transparentan y anudan lazos de amistad y crean, sin advertirlo, espacios de coincidencia. La espontaneidad, cuando es humana y no asilvestrada, es la gran tejedora que va urdiendo las vidas una a una, formando un tapiz sutilísimo.

“¿Para qué quieres vivir en comunidad?, se pregunta san Agustín y él mismo se responde: “para buscar en amistosa concordia a Dios y a nuestras almas; de este modo, los primeros en llegar a la verdad pueden comunicarla sin trabajo a los otros”<sup>41</sup>. No tan sin trabajo. La tarea no es fácil. Una gran idea, y el Concilio Vaticano II lo es, no se asimila en unos años. Muy lentamente, pensándola y haciéndola, haciéndola y pensándola, irá desplazando los hábitos mentales y los comportamientos que una tradición, muy venerable por cierto, nos inoculó. Estamos buscando a Dios, como siempre (“siempre buscando a Dios entre la niebla”, dijo de sí mismo Antonio Machado<sup>42</sup>); pero ahora en el hombre, no más allá; en su relación con los otros hombres, en su vida puesta al tablero por los demás. En ese mundo que viene, que no puede existir sin nosotros y que existe ya para nosotros en la medida en que nos comprometemos a traerlo, ahí es donde está Dios. Ahí; en ninguna otra parte. El asunto no es nuevo. Cuando Galileo expulsó a Dios del universo, le preguntaron: “entonces, ¿dónde está Dios”. “En el hombre o en ninguna parte”, contestó. Mucho antes se nos dijo: “os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; igual que yo os he amado, también vosotros amaos unos a otros” (Jn 13, 34). ¿Para qué más?

Tiempo de mudanzas. Los viejos principios ya no valen; los nuevos no existen. No sabemos qué pensar sobre los problemas máximos que nos asedian. “Tal vez, cuando un día caigan graves censuras sobre estos acontecimientos quepa disculparlos diciendo: téngase en cuenta que a la sazón estaba Europa mudando de dioses y, por lo tanto, sin dioses”<sup>43</sup>. La renovación promovida por el Concilio Vaticano II tiene que ser “teológica” en su sentido más riguroso: tiene que alcanzar a Dios, a nuestra percepción de Dios. Estamos cambiando de Dios. Nada menos.

#### h) *Resumen*

La conclusión es evidente. Si esto es así (necesidad de hacer algo porque la vida no se nos da hecha; necesidad de elegir entre los posibles haceres;

41. *Sol.* I, 12, 2.

42. *Galerías LXXVII* [II], en *Poesía y prosa*, edic. cit., 481. Sobre el tema de Dios en la poesía española del siglo XX, cf. Ernestina DE CHAMPOURCIN, *Dios en la poesía actual* (Selección de poemas españoles e hispanoamericanos), BAC, Madrid 1970; M<sup>a</sup> Enriqueta SORIANO P. VILLAMIL/ Pilar MAICAS GARCÍA-ASENJO/ M<sup>a</sup> Dolores DE ASÍS GARROTE, *Hombre y Dios I* (cincuenta años de poesía española) (1950-1995), BAC, Madrid 1995, con bio-bibliografía de los autores citados y bibliografía general.

43. ORTEGA Y GASSET, *Investigaciones psicológicas* (= Obras de José Ortega y Gasset 20), Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid 1982, 26.

necesidad de acertar en la elección, eligiendo lo mejor, lo que más se ajuste al quehacer propio; necesidad de elegir aquí y ahora, pues no se puede dejar la elección para el futuro; necesidad de vivir una vida auténtica, no la convencional de la sociedad; necesidad de ser uno mismo en la situación crítica que estamos viviendo; necesidad de crear “un alma nueva y un nuevo corazón en Dios”), parece necesario y urgente que nos paremos a pensar sobre todo ello y busquemos la solución donde siempre la ha encontrado el hombre: en sí mismo. Curiosa manera de orientarse, cuando se encuentra perdido, esta de preguntarse: ¿dónde estoy? Es decir, desentenderse aparentemente de las cosas, dejar de faenar con ellas y recogerse en el propio interior; pero no para quedarse en Babia, sino para pensar sobre ellas, para capturarlas con el arpón de alguna idea y, una vez apresadas, volver a ocuparse de ellas. Es apremiante que nos paremos a pensar para saber a qué atenernos, para saber lo que tenemos que hacer, para saber nuestro quehacer.

De María, dice san Lucas, que “conservaba el recuerdo de todo esto, meditándolo en su interior” (2, 19.51). Que Nuestra Señora de la Meditación nos inspire en esta hora difícil<sup>44</sup>.

## 6.- Aprendizaje de la contemplación

### a) *El hombre primitivo*

Volvamos al hombre primitivo, a aquel momento en que ante la faz inhóspita de las circunstancias se concentró en sí mismo para plantarles cara. No hay duda de que tal movimiento hacia su interior tuvo que costarle un esfuerzo gigantesco. “Esa atención hacia dentro, que es el ensimismamiento, es el hecho más antinatural, más ultrabiológico. El hombre ha tardado miles y miles de años en educar un poco –nada más que un poco– su capacidad de concentración. Lo que le es natural es dispersarse, distraerse hacia afuera, como el mono en la selva y en la jaula del zoo”<sup>45</sup>. La primera fractura entre el estímulo y la respuesta tuvo que ser mínima, pero esa fijación, aunque brevísima, en sus imaginaciones, le separó radicalmente del mundo animal. Muy lentamente, a fuerza de repetir el acto, el hombre fue creándose un mundo interior y la capacidad de estarse en él. “El poder de autodeterminación es un poder mínimo de hacer una pausa entre el estímulo y la respuesta, entre el

---

44. Cf. José VEGA, *Nuestra Señora de la Meditación*, en *Estudio agustiniano* 24 (1989) 731-750.

45. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, edic. cit., 25.

deseo y la acción. La gran obra de la libertad va a consistir en emplear y administrar ese hiato”<sup>46</sup>.

Los pueblos primitivos que hoy conocemos, si es que esta designación tiene sentido, no tienen la capacidad de concentración de los pueblos que tienen una cultura desarrollada. Su utillaje mental no es el mismo. Los misioneros lo saben bien. Ortega cita este texto del P. Schevesta (1932) sobre los pigmeos: “les falta por completo el poder de concentrarse. Están siempre absorbidos por las impresiones exteriores, cuya continua mutación les impide recogerse en sí mismos, lo que es condición inexcusable para todo aprendizaje. Sentarles en el banco de una escuela sería para estos hombrecillos un tormento insoportable. De modo que la labor del misionero y del maestro se hace sumamente difícil”<sup>47</sup>.

Incapaces de nuestro aprendizaje, pero no del suyo. Es absurdo quererles aprisionar en nuestro mundo y pretender que se conviertan a nuestras filosofías y aprendizajes. Han tenido su propio pasado y deben tener su propio futuro. Tienen derecho a ello. En convivencia respetuosa con ellos, el evangelio, vivido por quienes lo predicán, puede ser fermento y luz de sus vidas. Y dejemos al tiempo lo que es obra del tiempo, que Dios es el primero en dejárselo. ¿O es que creemos que los visigodos pensaban y actuaban como nosotros? ¿O que, al recitar el Credo en los Concilios de Toledo, las palabras tenían para ellos el mismo significado que tienen para nosotros? ¿O que su imagen mental de Dios, por ejemplo, era la que nosotros tenemos? Toda cultura es el fruto lento de muchas generaciones, producto de encuentros y choques entre los pueblos más diversos, obra de mestizaje. Toda cultura es resultado de transculturaciones. Los evangelizados deben ser sujetos activos de su evangelización, como lo fueron Pedro, Pablo y los primeros cristianos, no meros receptores de los sacramentos y oyentes mudos de la Palabra. Deben crear su propia liturgia y expresar la fe en su cultura propia, como los Padres de Calcedonia la expresaron en la suya.

#### b) *Los niños*

Pero esto que se observa en los primitivos lo podemos observar también en los niños occidentales. Sentarlos en los bancos de una escuela, sin dejarlos moverse, fue la pedagogía de la educación durante siglos. Pedagogía que tenía que ayudarse con aquello de “la letra con sangre entra”. ¡Y cómo mos-

---

46. José Antonio MARINA, *Ética para náufragos* (= Col. Argumentos 159), Editorial Anagrama, Barcelona 1995, 140.

47. *Íb.*, 26.

queaban maestros y dómínes! Los niños carecen de capacidad de concentración. Los vencen los estímulos. Un niño ensimismado no es normal. Necesita corrección, salir de su ensimismamiento, perderse en los demás, llenar la retina de impresiones, gozar, vivir, y vivir es convivir. La contemplación es una habilidad aprendida. Tiene detrás una larga historia. En este sentido podemos decir que es social. La sociedad en la que se nace tiene unos hábitos de pensamiento y determinados aprendizajes. Sobre ellos construye cada uno su morada interior. El hombre se construye, construye también su pensamiento, su capacidad de recogerse en sí mismo, pero se construye en comunión con los demás, absorbiendo realidad, saliendo y entrando, entrando y saliendo, saliendo de sí y entrando en sí.

c) *La interioridad agustiniana*

Uno de los grandes exploradores de la interioridad ha sido san Agustín. Le debemos gratitud por facilitarnos tan ímproba tarea. Desde él se ha podido caminar más fácilmente por tan *escondida senda*, como diría fray Luis de León. De él escribió Ortega: “es la única mente del mundo antiguo que sabe de la intimidad característica de la experiencia moderna”<sup>48</sup>. No voy a detenerme en la exposición de su método de recogimiento. Daré solamente dos textos que corroboran esta dificultad de que vengo hablando. “Oh alma, agobiada por el peso del cuerpo que se corrompe, cargada por tus pensamientos terrenos, varios y múltiples, comprende, si puedes, que Dios es la verdad. No busques qué es la verdad, porque al momento se te opondrán las nieblas de las imágenes corporales y de los fantasmas, enturbiando la serenidad que te iluminó en el primer instante, cuando dije “verdad”. Permanece, si puedes, en ese primer instante que te hirió con su fulgor; pero no puedes. Recaes en lo acostumbrado y terreno. ¿Cuál es el peso que te arrastra sino la liga de tus sórdidos apetitos y los errores del camino?”<sup>49</sup>. “Cualquiera que piense que, en esta vida mortal, un hombre puede dispersar las nieblas de las imaginaciones corporales y carnales, como para poseer la luz despejada de la verdad inmutable y penetrarla con la firme constancia de un espíritu completamente fuera de los modos comunes de la vida no entiende ni qué busca, ni quién es el que busca”<sup>50</sup>.

Esto le pasaba a aquel gigante de la interioridad, Consolémonos. Las investigaciones modernas confirman esta doctrina de san Agustín sobre la

48. Kant. *Reflexiones de un centenario*, en *Tríptico*, edic. cit., 83 n-1.

49. *De Trin.* VIII, 2, 3.

50. *De cons. evang.* IV, 10, 20.

movilidad de la atención, aunque, evidentemente, no acuden a sus razonamientos para explicarla. William James dice que la atención voluntaria no puede sostenerse por más de unos segundos sobre un tema. Necesitamos renovar constantemente nuestro esfuerzo para hacerla regresar a él<sup>51</sup>.

d) *El riesgo de ser hombre*

El hombre, obligado por las circunstancias, ha tenido que aprender a entrar dentro de sí mismo. No es algo que le hayan regalado. La poca razón que aún hoy tiene es obra del esfuerzo de innumerables generaciones. Somos herederos, no adanes. Los pequeños y grandes inventos, es cierto, los han realizado individuos concretos, personas; pero dentro de una sociedad concreta, fuera de la cual les hubiera sido imposible. Cada individuo tiene que aprender, nadie le puede sustituir en esta tarea; pero la sabiduría transmitida en la sociedad en la que está inmerso le permite beneficiarse en poco tiempo de lo que ha costado quizá miles de años aprender. Vivimos en sociedad y la sociedad nos moldea y estructura. No es lo mismo ingresar en una comunidad religiosa en la que la práctica de la meditación es habitual, aire que se respira, que en otra donde está bajo mínimos. Quien ingresa en la primera entra, quizá sin que él se percate, en un nivel que le sostiene e impulsa en esta difícil y antinatural ocupación que es contemplar. A quien, en cambio, ingresa en la segunda, todo le será adverso y lo más seguro es que también él sea uno más del montón.

Ahora bien, lo que se aprende puede desaprenderse. El hombre es *viator*, caminante. Está siempre en camino, en vías de ser hombre, *in fieri*, haciéndose hombre. Decir que se está haciendo hombre no es decir que esté mejorando. Puede ser que esté deteriorándose, deshumanizándose. Muchas veces a lo largo de la historia le ha ocurrido ya esto último. Este es el riesgo en que estamos siempre. Nada ni nadie puede asegurarle a un escritor que acaba de firmar una obra maestra que la próxima no será un bodrio. Nada ni nadie puede asegurarle a una comunidad que vive en un excelente nivel cultural y religioso que mañana no va a ser ruinas, “campos de soledad, mustio collado”, como de las de Itálica cantó Rodrigo Caro. De aquí nuestra responsabilidad cara al futuro. Otros han trabajado por ti, repite san Agustín; otros te han ayudado. Ahora ayuda tú<sup>52</sup>. El pensamiento es algo adquirido, no cae del

---

51. Cf. José Antonio MARINA, *Teoría de la inteligencia creadora*, edic. cit., 96-117 y 302-310. La cita de William James en la p. 309.

52. Cf., por ejemplo, *Ep.* 243, 8.

cielo. Lo son sus contenidos, lo son sus métodos y lo es también la misma capacidad de pensar. No dejemos que se pierda; elevemos su nivel.

### 7. *La contemplación admirativa*

Una de las formas más fecundas de contemplación es la admiración. El *Diccionario de la Real Academia Española* define admirar como “causar sorpresa la vista o consideración de alguna cosa extraordinaria o inesperada. Ver, contemplar o considerar con estima o agrado especial a una persona o cosa que llaman la atención por cualidades juzgadas como extraordinarias”. En la admiración, hay un primer momento receptivo, de sorpresa, y uno segundo activo, de deseo de conocer. Uno queda atrapado, en suspenso, por lo que le presentan los sentidos. Su atención es solicitada y él, placenteramente sobrecogido, reacciona deseando conocer los secretos de tales maravillas. Es el movimiento que advertimos, por ejemplo, en fray Luis de León, en su contemplación de la noche serena, o de la música de Salinas, o de la belleza de una mujer<sup>53</sup>. Fray Luis, como la inmensa mayoría de los españoles contemporáneos suyos, no creía poder conocer por la razón los secretos del universo. Por esto anhelaba volar al Creador para conocerlos y apagar en él la sed de saber. Su actitud ante el universo era, como la del Salmista, de admiración religiosa, de pura veneración: adorar y esperar comprender más allá de la muerte.

No es ésta, evidentemente, nuestra disposición. La admiración despierta en nosotros el deseo de conocer aquí y ahora, de comprender la realidad que nos extraña, de indagar sus entresijos, de conocerla en su mismo origen, cuando aún no existía. La admiración, dijeron Platón y Aristóteles, es el principio de la sabiduría, de una sabiduría intramundana, de un saber a qué atenerse sobre lo que nos sorprende<sup>54</sup>. La contemplación admirativa exige dejar libre al niño que todos llevamos dentro, siempre pronto a ponernos en un brete con sus preguntas. Sócrates y Platón preferían para filosofar a los jóvenes, que aún no han obturado sus mentes con los cascotes de saberes muertos.

---

53. Cf. *Poesías* XII (la noche) y V (la música), en *Obras completas castellanas*, BAC, Madrid 19512, 1451-1453 y 1436-1438; *Expos. del Cantar de los cantares*, en *Íb.*, *passim*. Sobre el asombro en fray Luis de León, cf. Rafael LAPESA, *Las odas de fray Luis de León*, en *De la Edad Media a nuestros días* (Biblioteca Románica Hispánica. II. Estudios y ensayos 104), Editorial Gredos, Madrid 1967, 182-192; Jorge GUILLÉN, en fray Luis de León, *El Cantar de los cantares*, introducción y preparación de Jorge Guillén, Ediciones Paulinas, Salamanca 1980, 16-18.

54. Cf. Manuel GARCÍA MORENTE, *Lecciones preliminares de filosofía*, edic. cit., 17-22.



“Por viejo que sea, quien es capaz de asombrarse está demostrando que en lo que más importa de una persona, la actividad de su corazón y de su mente, sigue siendo joven”<sup>55</sup>. La capacidad de asombrarse es el más precioso radar. A quien la posee todo se le convierte en problema y le nace, en lo más recóndito, un desasosiego que no le deja en paz hasta resolverlo. Ella es el origen de toda aventura humana, en especial de esta, la más arriesgada de todas, que es conocer; en la que, al par que se avanza, el horizonte se aleja cada vez más. La resolución de un problema estalla siempre en mil problemas que exigen solución.

Enigma del universo y enigma del hombre. “Oh doble pozo oscuro. Oh doble hondura./ Tú, pozo sideral; yo, pozo humano”<sup>56</sup>. Para resolverlos el hombre se recluye en el silencio de los laboratorios y bibliotecas y pregunta y pregunta, llegando en su asedio hasta la misma orilla donde las preguntas tienen por respuesta *el silencio de los espacios infinitos*, que dice Pascal. Entonces, su asombro tendrá que decidirse, como ha escrito Laín Entralgo, “por una de las cuatro actitudes responsables ante lo que racionalmente no puede saberse: la desesperación, la metáfora, la ironía y la creencia”<sup>57</sup>.

Aquí se abre para los creyentes un nuevo mundo de maravillas, del que harán bien en tomar posesión personal, dado el hosco paisaje social en el que nos ha tocado vivir. La fe, sin los rodigrones sociales de otros tiempos, se ha vuelto un asunto personal, personalísimo. Frente a tantos signos visibles de muerte, el cristiano debe resaltar los muchos que hay de vida en el corazón del hombre contemporáneo: el ansia de libertad, dignidad, bondad, igualdad y diferencia, solidaridad, responsabilidad, tolerancia, liberación de la mujer..., signos todos de la emergencia, cada vez más consciente, de la persona. Los “profetas de calamidades” están de más, como dijo el admirable Juan XXIII<sup>58</sup>. Es aquí, en el corazón de la vida del hombre, donde hay que situar la novedad del Evangelio, porque es aquí donde está Dios, “Padre de nuestro Señor, Jesús Mesías, Padre cariñoso y Dios que es todo consuelo” (2 Cor 1, 3) “porque es amor” (1 Jn 4, 8). Aprender a contemplar, a admirar las obras y los “irrastreables caminos de Dios” (Rom 11, 33) es uno de los apremios del cristiano.

---

55. Pedro LAÍN ENTRALGO, *Un sabio escéptico*, en *El País* 20-11-87, 16.

56. Dámaso ALONSO, *Noche*, en *Oscura noticia*, en *Obras completas*, Editorial Gredos, Madrid 1993, X, 165.

57. *Íb., íb.*; cf. Id., *Ciencia y creencia*, en *Revista de Occidente* 103 (1989) 85-105.

58. Cf. *Constitución apostólica por la que se convoca el Concilio Vaticano II*, 3; Id., *Discurso en la inauguración del Concilio*, 9-11, en *Concilio Vaticano II*, BAC, Madrid 1966, 10-12 y 947.

Pero el hombre, insisto en ello, no está solo. El hombre es relación, constitutivamente, y en relación con los otros se hace. He aquí un campo aún muy poco explorado, un mar tenebroso que espera marineros arriesgados que lo hagan familiar y transitable. Más aún: el hombre es una abstracción, no existe. Se realiza en dos versiones intrínsecamente relacionadas: varones y mujeres. Estos son los que existen en la realidad y cualquier deficiencia en esa relación que los constituye trunca al que la padece. Hablo del hombre como ser sexuado, no de la sexualidad; actividad ciertamente importante, pero limitada. Se es varón o mujer siempre, desde el nacimiento hasta la muerte, y se es en todas las dimensiones; pero no siempre se ejerce la sexualidad. Decir varón es decir mujer y viceversa. No es que se complementen externamente; es que son relación mutua<sup>59</sup>. Adán se percibe a sí mismo en plenitud al percibir a la mujer. “Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gén 2, 23):

Hay que dar un giro copernicano a la mentalidad tradicional, en la que san Agustín ocupa un puesto de privilegio. Baste recordar la abundante y deleznable literatura, conventual en su mayoría, sobre el tema. Dentro de ella, *La perfecta casada* de fray Luis de León mantiene un tono digno, aparte de ser una pieza de altísima calidad literaria; pero cuán pobre y mezquino nos resulta hoy su concepto de la mujer.

Todo lo humano es sexuado. Hay, por ejemplo, una contemplación y una acción masculinas, pero las hay también femeninas. Hay una razón vital masculina, pero la hay también femenina. Varones y mujeres tienen la palabra. Y que se mantenga despierto el asombro mutuo.

Estimar a los demás y estimar su trabajo es norma elemental de convivencia. O mejor, saber estimar, lo cual exige lucidez y discernimiento; saber quiénes son dignos de estimación en los diversos campos y quiénes son ripio y relleno por mucho ruido que hagan. No todo tiene el mismo valor, por más que sean muchos los necios que proclaman lo contrario. Hay que tener muy clara la jerarquía de estimaciones y actuar en consecuencia. Hay que rechazar la tentación, tan consentida, de no enterarse de lo valioso, sobre todo cuando es alguien cercano a nosotros el que lo ha hecho. “Y no es la envidia ni el tan repetido «individualismo» causa profunda de esto. Es la falta de curiosidad y de afán de enriquecer nuestra vida con la del prójimo”<sup>60</sup>. Muchos españoles citarán a Hegel y a Heidegger, a Wittgenstein y a Sartre..., aunque no los hayan leído; pero no citarán jamás a un español, aunque haya dicho

---

59. Cf. Julián MARIAS, *Antropología metafísica*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1973, 145-154 y 183-191; id., *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de vida*, edic. cit., 93-99 y 155-160.

60. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, edic. cit., 244.

mucho mejor lo que estos dicen. O lo que es peor, lo copiarán sin citarlo. Hay que reconocer, sin embargo, que citar, por ejemplo, a un tal Fernández no da lustre.

El resentimiento hace estragos en las relaciones personales y vicia la vida toda. Es notorio el odio que hay hoy contra toda excelencia. “Las masas no están hoy dispuestas fácilmente a admirar; por el contrario, suelen sentir resentimiento y temor ante todo lo *egregio* y *admirable*; sólo acceden a admirarse a sí mismas, y por eso acostumbran elegir, para hacer de ellos sus «prestigios», a aquellos hombres o instituciones sociales en que se sienten personificadas, que pueden aplaudir tranquilamente, porque saben que no aplauden nada *superior* –lo que resultaría intolerable–, sino a sí mismas [...]. Preferencia de las masas de todos los colores por lo mediocre e inferior, incluso dentro de sus propios círculos de ideas e intereses”<sup>61</sup>.

La mentalidad técnica ciega las fuentes de la admiración y de la expresión poética. El resentimiento paraliza la estimación de lo valioso. Frente a ellos hay que sensibilizarse y cultivar la admiración por tanta maravilla como hay en el mundo; admiración que nos lleve a intentar esforzadamente descifrar el misterio que somos y que es el universo entero. Hay que ir hacia una cultura que “estime lo estimable y cercene lo falaz. Pero es menester que la gente deje de ser bestia y acierte a estremecerse cuando es hora de temblar, que no es sólo la de la muerte, sino siempre que hay a la vista algún síntoma de soberana humanidad. Otra cosa es aldeanismo y estolidez”<sup>62</sup>. Hay que aprender a contemplar el paisaje; a vibrar cada vez que nos encontramos con alguien en quien resplandece la condición de persona en cualquiera de sus dimensiones; a estremecerse ante la belleza transeúnte; a mirar detenida y gozosamente las obras maestras del arte; a celebrar a aquel que nos envuelve a todos en su misterio de amor porque es Padre de todos.

## 8. Contemplación y vida

Respeto a la realidad es el nuevo imperativo categórico, la gran novedad del siglo XX. Cada cosa tiene su propia condición y no la que nosotros queremos imponerle. Disminuir la realidad o alzarse lejos de ella en vuelo es-

---

61. Julián MARIAS, *Introducción a la filosofía*, edic. cit., 74; cf. ORTEGA Y GASSET, *Democracia morbosa*, en *El espectador* (= Col. Austral 1690), Espasa-Calpe, Madrid 1966, II, 19-26, entre otros muchos textos.

62. ORTEGA Y GASSET, *La caza*, en *La caza y los toros* (= Col. Austral 1328), Espasa-Calpe, Madrid 1962, 24.

peculativo son acciones no registradas en los catálogos de pecados, antaño muy en uso, pero no por ello dejan de serlo. “Nada hay tan ilícito como empequeñecer el mundo por medio de nuestras manías y cegueras, disminuir la realidad, suprimir imaginariamente pedazos de lo que es”<sup>63</sup>. Al teorizar sobre la realidad, hay que ceñirse muy ajustadamente a ella, a su álabe fugitivo; partir de ella, usarla de contraste en el avance del pensamiento, sin permitir que se interpongan ideas previas entre ella y nuestra visión, originada en ese estrechísimo contacto con ella que es la vivencia. El pensamiento tiene que acompañar a la realidad, no sustituirla; dejarla ser, apoyarse “en la «experiencia integral» que es la vida misma, en todas sus dimensiones. [*Tiene que llevar consigo*] el órgano de su propia corrección o rectificación; esto es, la realidad tomada tal y como *se da*, tal y como *se me da al encontrarme con ella*”<sup>64</sup>.

La misión de la inteligencia es aclarar los problemas que están ahí, no inventarlos; ponerles cerco, cada vez más estrecho, hasta que nos entreguen sus secretos. “Cada nuevo concepto es un nuevo órgano que se abre en nosotros sobre una porción del mundo, tácita antes e invisible. El que os da una idea os aumenta la vida y dilata la realidad en torno vuestro”<sup>65</sup>. La teoría, si es auténtica, no es pura especulación. La comprensión que quiere mantenerse al margen de la realidad se queda vacía, espectral. “Uno se pregunta si la vida que comprende, y que no pretende sino comprender, no será vida sin comprensión”<sup>66</sup>. Los griegos hablaban de *vida teórica*; pero el *theorós*, como observa Zubiri, era el investigador que iba a los juegos olímpicos oficiales para ver si se cumplían las normas establecidas. “El *theorós* no es un puro reflector; es el hombre que va animado de un *bios* auténtico; que se propone plasmar su vida en la inquisición y estructuración de la realidad. Sólo más tarde, cuando se escindió el hacer del mero contemplar, apareció el dualismo entre el *theorós* y el *sophós*, entre el sabio que tenía la sabiduría práctica y el *theorós* que no hacía sino especular; con lo cual la teoría se convierte en mera especulación, algo que está a dos dedos del escepticismo”<sup>67</sup>. La contemplación, si es auténtica, nunca es pura. No hay uso desinteresado de la inteligencia. La “pura inteligencia” está al servicio de intereses íntimos. “Es también

---

63. Id., *Meditaciones del Quijote. Ideas sobre la novela* (= Col Austral 1350), Espasa-Calpe, Madrid 1964, 46; cf. *Meditaciones del Quijote*, comentario por Julián Marías, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, Revista de Occidente, Madrid 1957, 292-293.

64. Antonio RODRÍGUEZ HUÉSCAR, *La innovación metafísica de Ortega* (= Breviarios de Educación 9), Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid 1982, 110-111.

65. ORTEGA Y GASSET, *ib.*, 88; comentario de Julián Marías, *ib.*, 360.

66. Xavier ZUBIRI, *Sobre el hombre*, Alianza Editorial/ Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid 1986, 590.

67. Id., *ib.*, *ib.*

práctica y técnica de y para la vida auténtica”<sup>68</sup>. Esto explica que “nuestras doctrinas no suelen ser sino la justificación *a posteriori* de nuestra conducta, o el modo como tratamos de explicárnosla para nosotros mismos”<sup>69</sup>.

El pensamiento no interesa por sí mismo. Interesa como comentario o exégesis de la vida, que “es el texto eterno, la retama ardiente al borde del camino donde Dios da sus voces”<sup>70</sup>. El pensamiento es “una función vital y espontánea del mismo linaje que el ver o el palpar”<sup>71</sup>. Esta es la razón vital, de que habla Ortega, la razón de la realidad, la que ésta dicta; la razón ateni- da a los hechos, en especial al acontecimiento absoluto y radical que es la vida. La razón vital es, por esto, masculina y femenina<sup>72</sup>.

Nuestra instalación en la realidad es fundamentalmente afectiva. Es este de los afectos un campo tradicionalmente anatematizado, asunto de la carne, hija del pecado original y casa del diablo; un campo que hay que recuperar sin complejos de culpa. La inteligencia crece en ese mantillo cruel o amoroso, hundidas sus raíces en la fisiología y en la circunstancia, a la que estamos constitutivamente religados. De todo ello se nutre. En contra de lo que pen- saba Aristóteles, no es la verdad, el deseo de conocer las causas de lo que vemos, lo que la mueve, sino necesidades anteriores a toda teoría: angustias y ambiciones, alegrías y engurrios, terrores y aspiraciones; amores, en suma. “No pienses que eres atraído contra tu voluntad. Al alma la arrebató el amor. Es poco decir que eres atraído voluntariamente; lo eres también placentera-

68. ORTEGA Y GASSET, *Apuntes sobre el pensamiento. Su teurgia y demiurgia*, en *Apuntes sobre el pensamiento*, edic. cit., 15; Id., *Reforma de la inteligencia*, en *ib.*, 81.

69. Miguel DE UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida* (= Col. Austral A 312), Espasa-Calpe, Madrid 1993, 158.

70. ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote. Ideas sobre la novela*, edic. cit., 87; comentario de Julián Marías, *ib.*, 355-356.

71. Id., *ib.*, 80; comentario de Julián Marías, *ib.*, 346.

72. Imposible citar todos los textos de Ortega sobre el particular. Cf., además de los cita- dos en este apartado, *Ni vitalismo ni racionalismo*, en *El tema de nuestro tiempo* (= Col. Austral 11), Espasa-Calpe, Madrid 1968 12, 93-107; *Historia como sistema*, edic. cit. ; *Sobre la razón histórica*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid 1979; Julián Marías, *Ortega. Circunstancia y vicación*, edic. cit., II, 279-285; Id., *Las trayectorias*, edic. cit. , 159-213; Id., *Acerca de Ortega*, (= Col Austral A 214), Espasa-Calpe, Madrid 1981, 11-98; Id., *Filosofía española actual* (= Col. Austral 804), Espasa-Calpe, Madrid 1963 4, 73-121; Id., *Introducción a la filosofía*, edic. cit., 143-176; Paulino GARAGORRI, *Unamuno, Ortega, Zubiri*, Editorial Plenitud, Madrid 1968, 27-122; Id., *Introducción a Ortega*, edic. cit., 86-143; José Ferrater Mora, *Etapas de una filosofía*, Seix Barral, Barcelona 1973, 73-121; J.H. WALGRAVE, *La filo- sofía de Ortega y Gasset*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1965, 211-233; Julio Bayón, *Razón vital y dialéctica en Ortega*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1971; Jean Paul Borel, *Raison et vie chez Ortega y Gasset*, A la Baconnière, Neuchatel 1959; Harold Raley, *La visión responsable* (= Seleccionés Austral 26), Espasa-Calpe, Madrid 1977, 118-178; Carlos Bousoño, *Discurso en la recepción del Premio Príncipe de Asturias de las Letras* (XV Premios Príncipe de Asturias), publicado íntegro en ABC 28-10-95, 56-57.

mente [*por el apetito del corazón. Virgilio dijo*]: «a cada uno le mueve su placer»; no la necesidad, sino el placer; no la obligación, sino el deleite [...]. Tienen los sentidos del cuerpo sus placeres. ¿No tendrá también el alma los suyos?»<sup>73</sup>. Las cosas “son movidas por sus pesos, tienden a sus lugares [...]. Mi peso es el amor; él me lleva adondequiera que voy”<sup>74</sup>.

No hablo, está claro, de la inteligencia académica, expresada en el coeficiente intelectual, medido por los tests<sup>75</sup>; la que ha dominado en toda la cultura occidental con graves perjuicios, sino de la inteligencia vital, del nuevo concepto de inteligencia hacia el que caminamos tras Ortega. La inteligencia no es algo aparte de la vida, como se ha dado por supuesto en Occidente, sino parte de ella, función suya. No somos inteligencias puras, que tuvieran por misión reflejar objetivamente la realidad, sino *inteligencias sentientes*, según la expresión de Zubiri<sup>76</sup>, sentimentalidades inteligentes, pobres hombres menesterosos, que buscan su salvavidas en esta nueva inteligencia. En realidad, no hay inteligencias, sino hombres inteligentes. Hace ya muchos años, en 1926, Ortega pidió la reforma de la inteligencia<sup>77</sup>. Es, decía, el tema de nuestro tiempo<sup>78</sup>.

En el Evangelio, Jesucristo invita a seguirle a todo el que quiera. El camino de la santidad está abierto a todos y todos pueden recorrerlo. La llamada universal a la santidad no es ninguna novedad del cristianismo actual, aunque algunos la presenten como su gran descubrimiento y se pavoneen de ello. Pero ocurrió que, desde muy pronto, se impuso como modelo único de santidad el monástico. El amor de Dios se identificó con la renuncia al mundo y la entrega de por vida a la contemplación en soledad. Para ser santo había que monacarse o llevar vida de monje en el siglo. Un modelo de santidad que negaba la vida. Hay que romper de una vez por todas con la unión entre contemplación y amor de Dios. A Dios se le ama amando al hombre, haciéndose hombre, humanizándose. Este es, por consiguiente, el camino de la divinización del hombre<sup>79</sup>, de la que tanto se ha hablado en todos los tiempos, antes

---

73. SAN AGUSTÍN, *Tract. in Ioan.* 26, 4.

74. Id., *Confess.* XIII, 9, 10.

75. H. MARRERO/ G. BUELA/ F. NAVARRO/ L. Fernández, *Inteligencia humana. Más allá de lo que miden los tests*, Editorial Labor, Barcelona 1989.

76. Cf. *Inteligencia sentiente*, Alianza Editorial/ Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid 1980.

77. Cf. *Reforma de la inteligencia*, en *Apuntes sobre el pensamiento*, edic. cit., 71-81.

78. Cf. *El tema de nuestro tiempo.*, edic. cit.

79. Cf. José VEGA, *La vocación agustiniana. El proyecto filosófico-monástico-sacerdotal de san Agustín*, Editorial Estudio Agustiniano, Valladolid 1987, 67-77, 155-161, 198-201 y 533-549.

de Jesucristo y después de él, en siglos creyentes y en siglos secularizados. Lo demás son fantasmagorías, “círculos mágicos” en que nos encerramos dejando fuera la realidad<sup>80</sup>.

Los caminos de santidad son tan varios como las formas de vida cristiana y las personas que al andar los hacen. La radicalidad del seguimiento de Jesucristo es compatible con la vida de familia y el trabajo en el siglo. No hay estado de perfección. “El desarrollo de la vida cristiana no tolera especializaciones que conduzcan a unos al ejercicio de la «mejor parte» y a otros a las tareas menos nobles del servicio”<sup>81</sup>. “Lo único necesario” (Lc 10, 42), “buscad primero que reine su justicia” (Mt 6, 33), urge a todos por igual. Los religiosos ya no tienen el monopolio de la santidad, aunque sigan teniendo el de las canonizaciones, ni pueden seguir imponiendo a los demás cristianos su propio modelo. No hay un modelo único de santidad. Si la vida individual es la realidad radical y la razón una función suya, los cristianos no pueden escapar a esta condición. También aquí tiene que comenzar a funcionar la razón vital. Es la vida, la individual, la que tiene que dar razón cristiana de sí, razón que será masculina y femenina; y de la vida tienen que surgir los distintos modelos de santidad, masculinos y femeninos. Son los laicos quienes tienen que elaborar su propia espiritualidad como seguidores de Jesucristo. La nueva teología tiene que ser comentario de la vida cristiana, de la de hoy; esfuerzo por esclarecerla y pulimentarla, por sostenerla y abrirla al futuro. Y de esa vida esclarecida, de la nueva sensibilidad, surgirán nuevos usos e instituciones, una evangelización nueva. “Todo lo hago nuevo” (Ap 21, 5).

### 9. *El círculo vital*

Tras lo dicho, podemos establecer la relación en que están estos dos aspectos de la vida. Se trata de un movimiento circular en el que podemos distinguir tres momentos: a) El hombre anda ocupado con las cosas, faenando con ellas. Es la *alteración*, la *dispersión* de que habla san Agustín. b) De pronto algo le falla, surge una dificultad y se siente desorientado, sin saber qué hacer. Entra en sí mismo para ver el modo de atender la necesidad. Es el *ensi-*

---

80. La expresión “círculos mágicos” y su concepto son de Ingmar Bergman en *Como en un espejo*. Cf. Charles MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Editorial Gredos, Madrid 1995, VI, 105-108.

81. Juan MARTÍN VELASCO, *Experiencia mística y experiencia del hombre y del mundo*, en *Iglesia Viva* 161 (1992) 458.

*mismamiento*, la *contemplación*. c) El hombre vuelve a sumergirse en las cosas, a faenar con ellas conforme al plan que ha ideado. Es la *acción*.

Y de la acción volverá a la contemplación y de esta a aquella. Así una y otra vez, en permanente girar de noria. El hombre es originalmente acción, ocupación con las cosas. Contempla por necesidad, porque tiene que hacer y no sabe qué. Hay que dar un vuelco a la tradición cultural de Occidente, que ha enseñado siempre que el hombre nace para contemplar; librarla de las cadenas de los griegos, nuestros padres en el pensamiento. Librarse de ellos no es ignorarlos; esto sería encadenarse aún más. Librarse de ellos es conocerlos, ver sus errores e insuficiencias, superarlos. “El destino del hombre es, pues, primariamente acción. No vivimos para pensar, sino al revés, pensamos para lograr pervivir. Es este un punto capital en que, a mi juicio, urge oponerse radicalmente a toda la tradición filosófica y resolverse a negar que *el pensamiento*, en cualquier sentido suficiente del vocablo, haya sido dado al hombre de una vez para siempre, de suerte que lo encuentra, sin más, a su disposición, como una facultad o potencia perfecta, pronta a ser usada y puesta en ejercicio, como fue dado al pájaro el vuelo o al pez la natación”<sup>82</sup>. “Nuestra actitud primera y fundamental no es pensar, sino que pensar es algo que en el curso de nuestra vida se nos impone [...]. Cuando las cosas oponen resistencia a nuestra vida, en seguida buscamos rodeos para vencer esas resistencias; y uno de esos rodeos para vencer las resistencias de una cosa consiste en ponernos un momento a pensar: ¿qué es esto?”<sup>83</sup>.

Acción no es, pues, andar a cintarazos con las cosas. Este es el estadio infrahumano de la alteración. Acción es actuar sobre el contorno conforme a un plan ideado en previa contemplación. Y no hay contemplación auténtica si no está vigorizada por la acción y referida a ella. La acción es como la materia de la contemplación, su contenido, y esta la forma, el alma de aquella. “En la contemplación, si se me permite autocitarme, levantamos el mapa de lo que queremos ser y tenemos que hacer, y, en la acción, recorreremos los caminos que nos hemos trazado en la contemplación”<sup>84</sup>.

Si la acción desplaza a la contemplación degenera en *activismo*. Es el peligro de la alteración, en el que vivimos desde hace más de un siglo. Es la hora de los conspiradores y revolucionarios, de los impulsivos, de los que no se andan con contemplaciones. “Aviraneta o la vida de un conspirador” se titula un libro de Pío Baroja, que ilustra bien esta actitud. “Memorias de un hombre de acción” es el título del tomo V. Pero si la contemplación desplaza a la

82. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, edic. cit., 26-27.

83. Manuel GARCÍA MORENTE, *Lecciones preliminares de filosofía*, edic. cit., 347.

84. José VEGA, *La vocación agustiniana. El proyecto-filosófico-monástico-sacerdotal de san Agustín*, edic. cit., 548.



acción, la vida queda sometida al imperio de las ideas, a las que se idolatra; sustituida por ellas. Es el peligro del *intelectualismo*, la hora de la “diosa Razón”, que reinó en Occidente durante la Edad Moderna. El racionalista no necesita de la acción, de la realidad, de la vida. Si las cosas no son como él dice, que cambien las cosas.

Hay también otro peligro cuando la contemplación se convierte en ocupación excluyente de la acción. Se da en aquellos que huyen del mundo y se desentienden de los hombres. La vida entonces se enerva y entumece; se cae en el *embobamiento* de que habla santa Teresa y “en la blanda desidia”<sup>85</sup>. La acidia o acedia, desabrimiento o flojedad espiritual, es el pecado de tales contemplativos. Los monasterios han sido siempre buenos criaderos de estas plantas. Es este quizá el más grave defecto de la vida religiosa, nada fácil de corregir. La vida humana es radicalmente inseguridad. Para dar sus frutos necesita absorber realidad, sentir la mordedura de lo real, según se dice con bella expresión, ser apretada por el entorno<sup>86</sup>. La vida religiosa la rodea de seguridades y la separa del entorno: asegurado el empleo, asegurado el descanso y el comer –¡casi nada!–; sin problemas familiares, sin sobresaltos, sin preocupación por el mañana. Si a todo esto se añade el apartamiento del mundo, de los problemas reales de los hombres; el desentenderse incluso de lo que pasa en el monasterio, como enseñan grandes maestros de la vida religiosa (Casiano, san Juan de la Cruz...), la vida queda reducida a mínimos, si no destruida; conservada en formol. La contemplación o es acción interiorizada o se reduce a papar moscas. Se piensa desde la acción y para la acción. Lo decía ya un viejo adagio: *primum vivere, deinde philosophari*, primero vivir y después filosofar.

Recogimiento, sí; pero recogimiento velador, escrutador de la vida y a su servicio. Recogimiento como se retiran las naves al puerto para volver a alta mar tras ser carenadas. Recogimiento para entregarse a la difícil y hoy ya ineludible tarea de ir creando una nueva cultura sobre las ruinas de la que está feneciendo, nuevos usos, nuevos conceptos, nuevas palabras, nuevas formas de vida. Hora de transculturación, de alumbramiento de un hombre nuevo. Nuestro recogimiento debe estar muy atareado. Hace siglos, escribió uno de los grandes recogidos de la historia: “que nadie mire con malos ojos mi ocio, porque voy a estar muy ocupado”<sup>87</sup>. “La soledad, hay que dar siempre cuen-

85. SAN AGUSTÍN, *De civ. Dei*. XIX, 19.

86. ORTEGA Y GASSET, *Pidiendo un Goethe desde dentro*, en *Tríptico*, edic. cit., 153-157 y 162-164; Id., *Goethe sin Weimar*, en *Vives-Goethe*, edic. cit., 198-201.

87. SAN AGUSTÍN, *Ep.* 213, 6. Ya anciano, nombró sucesor suyo en el episcopado a Heraclio (ordenó y mandó) para poder dedicarse más al estudio de las Sagradas Escrituras; dedicarse más a la contemplación para servir mejor a los cristianos.

ta de ella; por paraíso o por infierno a la vez hay que someterla ante el juicio, su purgatorio. La soledad no es una sola, hay soledades; y de todas hay que comparecer ante el prójimo, llevarlas a la comunidad para sufrir su prueba definitiva, si de ellas puede extraerse algo que sirva para todos: pensamiento, acción eficaz, una más pura compañía. Y de la soledad que no deje al expresarse –al expresarse este jugo– qué ofrecer a los demás –esta bebida de pensamiento o de pasión– se quedará condenado a esterilidad perpetua, apenas capital con que la persona paga el haber dilapidado tal tesoro”<sup>88</sup>.

Ni acción sin contemplación, ni contemplación sin acción. Tal es la exigencia de la vida misma.

José VEGA  
Estudio Agustiniano  
Valladolid

---

88. María ZAMBRANO, *Delirio y destino*, Mondadori, Madrid 1989, 214.